

LA REVOLUCIÓN DESJACOBINIZADA

Daniel Guérin

Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2013

Ω

Este texto procede del libro “Marxismo y Socialismo Libertario”, publicado en el año 1964 por Editorial Proyección de Buenos Aires.

Es copia fiel de la traducción original debida a Elbia Leite.

Se conservan las notas a pie de página, aunque la numeración de éstas se ha adaptado al nuevo formato.

La obra que circula libremente por Internet.

ÍNDICE

Preámbulo	3
La democracia directa de 1793	6
Democracia directa y vanguardia	8
Reconstitución del Estado	15
El embrión de una burocracia plebeya	
El anarquismo conclusión emergente	19
del análisis de la Revolución francesa	21
La tradición jacobina	26
En busca de la síntesis	31

HOY no hay más que ruinas a nuestro alrededor. Las ideologías que nos han inculcado y los regímenes políticos que se nos ha hecho ansiar o soportar derrúmbanse estrepitosamente. Para decirlo con las palabras de Edgar Quinet, nos hemos quedado sin equipaje.¹

El fascismo, forma suprema y bárbara de la dominación del hombre por el hombre, hundiéndose en un mar de sangre hace poco más de diez años. Y quienes se habían abrazado a él como a una tabla de salvación, quienes a él habían recurrido para que —aunque fuese con el concurso de las bayonetas extranjeras— los salvase de los trabajadores, salieron bastante malparados de la aventura y tienen que ofrecer su mercancía con disimulo.

Lo menos que se puede decir es que la democracia no cobró renovados bríos a consecuencia del desbande del fascismo. Había allanado el camino a éste y luego se mostró incapaz de cerrárselo. Ya no tiene doctrina ni fe en sí misma. No logró redorar sus blasones captando en su provecho el impulso que las masas populares francesas habían desplegado en la lucha contra el hitlerismo. La “Resistencia” perdió toda razón de ser el día que desapareció aquello contra lo cual combatía. Su falsa unidad rompióse en seguida. Su mito se vino al suelo. Los políticos de posguerra son los más lamentables que nos haya tocado soportar. Han volatilizado la crédula confianza de quienes, en la lucha contra Vichy, habían vuelto la mirada hacia Londres, a falta de algo mejor. La democracia burguesa ha dado prueba de su absoluta incapacidad para resolver los problemas y las contradicciones de la posguerra, contradicciones tanto más insolubles cuanto que no lo eran antes de la cruzada emprendida, según se dijo, para resolverlas. En el plano interno, sólo consigue sobrevivirse merced a una vergonzosa e hipócrita caricatura de los métodos fascistas, y, en el exterior, por guerras coloniales e incluso de agresión. Es, desde ahora, dimitente. Queda abierta su sucesión. La anacrónica “Quinta República” apenas si podrá colocar en la herida un emplasto ineficaz, más nocivo aún que los remedios anteriores, y, sobre todo, más efímero.

¹ Edgar Quinet. *La Révolution* (1865), ed. de 1869. t. I. pág. 8.

Nos encontramos también con que el stalinismo, que se decía —y al que muchos creían— hecho de un metal recio y duradero, destinado históricamente a sustituir las formas moribundas (fascistas o “democráticas”) de la dominación burguesa, cae a su vez envuelto en el escándalo de las infamias reveladas por el informe de Jruschov y en el horror de la represión húngara.

Pero un mundo que se hunde es, también, un mundo que renace. Lejos de prestarse para la duda, la inacción, la confusión y la desesperanza, la hora actual llama a la izquierda francesa a volver a hora cero, a replantearse desde la raíz los problemas que le atañen, a rehacer —como decía Quinet— todo su acervo ideológico.

Fue esta preocupación lo que me llevó, inmediatamente después de la “Liberación”, a volver mi mirada hacia la Revolución Francesa.² Si en ese entonces no logré revelar cabalmente mi propósito y si, por lo tanto, el mismo pasó inadvertido para muchos de mis lectores y contradictores, un crítico británico llegó en cambio a vislumbrarlo: “Cada generación —dice— debe reescribir la historia para sí misma. Si el siglo XIX fue en Europa occidental el siglo de la libertad, el nuestro es el de la igualdad. Los ideales gemelos de la Revolución Francesa, separados durante tan largo tiempo por el ascenso político del liberalismo del siglo pasado, están en vías de reencontrarse. Este reencuentro, dictado por el curso de los acontecimientos y por la dirección del proceso histórico, plantea nuevas exigencias a todos cuantos aspiran a describir e interpretar dicho proceso. De producirse en la acción la reconciliación de los ideales de libertad e igualdad que la Revolución Francesa legó a Occidente, el mismo fenómeno debe operarse —antes, quizá— en el ánimo de los historiadores que proceden a describir la mencionada evolución”. Y este crítico anónimo consideraba “natural que en el momento en que Francia atraviesa una fase de reconstrucción política y social... procure guiarse por una interpretación más multilateral de su historia”.³

Pero la necesaria síntesis de las ideas de igualdad y de libertad que recomendaba en términos demasiado vagos y confusos, no

² *La lutte de classes sous la Première République*, 2 vol.. Paris, Gallimard. 1946.

³ Times, Literacy Supplement, 15-II-1946.

puede ni debe intentarse en el marco de una democracia burguesa en bancarrota, ni en beneficio de ella. Sólo podemos y debemos realizarla en el marco del pensamiento socialista, que, pese a todo, sigue siendo el único valor sólido de nuestra época. El doble fracaso del reformismo y del stalinismo nos impone la urgente tarea de reconciliar la democracia (proletaria) y el socialismo, la libertad y la Revolución.

Y justamente la gran Revolución Francesa nos da la materia prima para la construcción de esta síntesis. En su inmenso crisol se enfrentaron por primera vez en la historia, clara aunque no plenamente, las nociones antagónicas de libertad e imposición, de poder estatal y poder de masas. De esta fecunda experiencia surgieron, como lo advirtió Kropotkin,⁴ las grandes corrientes del socialismo moderno, cuya síntesis deberemos encontrar para rehacer nuestro acervo ideológico.

El retorno a la Revolución Francesa ha resultado infructuoso hasta hoy porque los revolucionarios modernos, pese a haberla estudiado detalladamente y con pasión, sólo han atendido a las analogías superficiales, a los puntos de semejanza formal con tal o cual situación, partido o personaje de su época. Sería divertido pasar revista a todas estas fantasías —a veces brillantes, a veces simplemente absurdas— sobre las cuales han expresado serias reservas —y con razón— historiadores de la Revolución Rusa, como Boris Suvarin, Edich Wollenberg e Isaac Deutscher.⁵ Pero para ello serían menester muchas páginas, y tenemos cosas más importantes que hacer. En cambio, si abandonando el juego de las analogías tratamos de ir al fondo de los problemas y de analizar el mecanismo interno de la Revolución Francesa, podremos extraer de ella enseñanzas muy útiles para la comprensión del presente.

⁴ Kropotkin, *La Grande Révolution*. 1909, pág. 745. La mayoría de los historiadores del pensamiento socialista han cometido el error de no hacer hincapié en el hecho de que las corrientes que nutren a aquél no sólo nacieron del cerebro de los ideólogos del siglo XIX (herederos, a su vez, de los filósofos del siglo XVIII), sino también de la experiencia viva de la lucha de clases, sobre todo de la de 1793. Esta laguna es particularmente visible en el capítulo sobre la Revolución Francesa, con el que comienza la monumental historia del pensamiento socialista escrita por G. D. H. Cole.

⁵ Boris Suvarin. *Staline*, 1935, pág. 265; Erich Wollenberg, *The Red Army*, 2ª ed., Londres, 1940, págs. 78–80; Isaac Deutscher, *Staline*, 1955. pág. 7.

LA DEMOCRACIA DIRECTA DE 1793

Ante todo, la Revolución Francesa fue la primera manifestación histórica, coherente y en gran escala, de un nuevo tipo de democracia. Incluso aquellos de mis críticos que, pese a proclamarse marxistas, vacilan en acompañar todas mis conclusiones, han terminado por admitir, con Albert Soboul, que “el sistema político de la democracia directa” descubierto espontáneamente por los descamisados era “totalmente diferente de la democracia liberal según la concebía la burguesía”.⁶ Por mi parte, agregaría: no sólo “diferente”, sino con frecuencia, ya en aquel entonces, antitética. La gran Revolución no fue únicamente —como creyeron muchos historiadores republicanos— la cuna de la democracia parlamentaria; por el hecho de ser, a la par que una revolución burguesa, un embrión de revolución proletaria, llevaba en sí el germen de una nueva forma de poder revolucionario, cuyos rasgos se acentuarían en el curso de las revoluciones de fines del siglo XIX y en las del siglo actual. Salta a la vista la línea de filiación que va de la Comuna de 1793 a la de 1871, y de ésta a los soviets de 1905 y 1917.

Como no quiero repetirme más de la cuenta, remito al lector a la “Introducción” de mi libro, en la cual, a propósito de la Revolución Francesa, analizo los componentes principales del poder ejercido “desde abajo”, señalo las diferencias esenciales entre democracia burguesa y democracia proletaria, hago la crítica del parlamentarismo y trato de profundizar en el fenómeno de la dualidad de poderes: poder burgués y poder de masas.

En el presente ensayo quisiera limitarme a señalar sumariamente algunos de los rasgos generales de la “democracia directa” de 1793. Bajar a las secciones, a las sociedades populares del año II, será como recibir un baño vivificante de democracia. La depuración periódica de la sociedad, realizada por ella misma; la posibilidad, abierta a todos, de subir a la tribuna para ofrecerse al control de los demás; la preocupación por asegurar la expresión más cabal de la voluntad popular, por impedir su sofocamiento a manos de los picos de oro y los ociosos, por dar a los hombres de trabajo la posibilidad de abandonar sus herramientas sin sacri-

⁶ Albert Soboul, “Classes et lutte de classes tous la Révolution Française », Pensée, enero febrero de 1954.

ficio pecuniario para que así participaran plenamente en la vida pública, por asegurar el control permanente de los mandantes sobre los mandatarios, por colocar a hombres y mujeres en absoluto pie de igualdad en las deliberaciones...⁷, tales son algunos de los rasgos que caracterizan a una democracia realmente propulsada de abajo hacia arriba.

El Consejo General de la Comuna de 1793 —al menos hasta la decapitación de sus magistrados por el poder central burgués— nos ofrece también un buen ejemplo de democracia directa. Los miembros del Consejo integran el mismo como delegados de sus respectivas secciones, están en contacto permanente con ellas y se hallan bajo el control de quienes les dan el mandato; además, se mantienen siempre al tanto de la voluntad de la “base” en razón de que a las sesiones del Consejo concurren delegaciones populares. En la Comuna no se conoce el artificio burgués de la “separación de poderes” entre el ejecutivo y el legislativo. Los miembros del Consejo son a la vez administradores y legisladores. Estos modestos descamisados no se convirtieron en políticos profesionales; siguieron siendo hombres de su oficio, ejerciéndolo en la medida en que se lo permitían sus funciones en la *Maison Commune*, o dispuestos a ejercerlo nuevamente cuando terminara su mandato.⁸

Pero el más admirable de todos estos rasgos es, sin duda, la madurez de una democracia directa practicada por primera vez en un país relativamente atrasado, recién salido de la noche del feudalismo y del absolutismo, sumido aún en el analfabetismo y en la secular costumbre de la sumisión. Ni asomos de “anarquía” hubo en esta gestión popular, inédita e improvisada. Para vencerse de ello basta hojear los procesos verbales de las sociedades populares, las actas de las sesiones del Consejo General de la Comuna. En estos documentos vemos a la masa, como si tuviera conciencia de sus tendencias naturales a la indisciplina, animada de un ansia constante de disciplinarse. Ella misma ordena sus deliberaciones y llama al orden a los que parecen dispuestos a turbarlo. Aunque en 1793 su experiencia de la vida

⁷ Cfr., entre otros, Marc-Antoine Jullien a la Sociedad Popular de La Rochelle, marzo 5 de 1793, en Edouard Lockroy, *Une mission en Vendée*, 1893, págs. 245–248 (D. Guérin, t. I, págs. 177–178).

⁸ Cfr, Paul Sainte-Claire Deville, *La Commune de l’An II*, 1946, *passim*.

pública es muy reciente, aunque la mayoría de los descamisados (guiados, es cierto, por pequeños burgueses instruidos) no saben leer ni escribir, dan pruebas, ya, de una aptitud para el autogobierno que todavía hoy los burgueses, ansiosos de conservar el monopolio de la cosa pública, se obstinan en negarles y que ciertos teóricos revolucionarios, imbuidos de su “superioridad” intelectual, tienden a subestimar.⁹

DEMOCRACIA DIRECTA Y VANGUARDIA

Pero al mismo tiempo hacen su aparición las dificultades y las contradicciones del autogobierno. La falta de instrucción y el relativo retraso de su conciencia política son otros tantos obstáculos para la plena participación de las masas en la vida pública. No todo el pueblo tiene noción de cuáles son sus verdaderos intereses. Mientras que unos dan pruebas de extraordinaria lucidez para la época, otros se dejan extraviar fácilmente. La burguesía revolucionaria aprovecha el prestigio que le ha granjeado su lucha sin cuartel contra las secuelas del antiguo régimen, para inculcar a los descamisados una ideología seductora pero falaz, que, en la práctica, contradice los anhelos de igualdad total que los animan. Leyendo la voluminosa recopilación de los informes presentados por los agentes secretos del Ministerio del Interior,¹⁰ veremos que éstos dan cuenta de comentarios expresados en la calle por gente del pueblo, y cuyo contenido es, ora revolucionario, ora contrarrevolucionario. Comprobaremos, asimismo, que los confidentes presentan estos comentarios en bloque, como si fueran, todos, idénticas expresiones de la vox populi, sin tratar de establecer distinción entre ellos ni de analizar sus evidentes contradicciones.

La relativa confusión del pueblo, y en particular de los trabajadores manuales, carentes aún de instrucción, deja el campo libre a

⁹ Para no incurrir en repeticiones, me abstengo de exponer aquí otro aspecto de la democracia directa y comunal de 1793: la federación, pues nada tengo que agregar a lo que dije, al respecto, en mi libro (I, págs. 34-37). Empero, deseo dejar constancia de que fue en esa fuente donde Proudhon, y luego Bakunin, encontraron los elementos con los cuales construirían su federalismo libertario.

¹⁰ P. Caron, *Paris pendant la Terreur*, 6 vol., de los cuales han aparecido 4

las minorías, más instruidas o más conscientes. Así, en la sección de la Maison Commune un pequeño grupo “hacía hacer todo lo que “quería” a la sociedad seccional, “compuesta de gran cantidad de albañiles”.¹¹ En muchas sociedades populares, pese a todas las precauciones que se tomaban para garantizar el funcionamiento más perfecto posible de la democracia, había “fracciones” que dirigían el juego en uno u otro sentido, y que a veces se enfrentaban entre sí. En mi libro ¹² explico la forma en que los jacobinos, recelosos de las asambleas generales de las secciones que consideraban poco seguras, las “infiltraban” desde adentro por medio de un puñado de hombres escogidos y retribuidos, en cierto modo funcionarios políticos: los miembros del comité revolucionario local. Esta tarea de “infiltración” se ejercía contra los adversarios de derecha y contra los de izquierda. Pero cuando la vanguardia extremista entró en conflicto abierto con los jacobinos robespierristas, debió crear, para oponerse a la fracción jacobina, una nueva fracción, más radical: la sociedad seccional. Y se entabló entonces una lucha ardorosa entre ambas fracciones por el control de la sección.

En provincias, los funcionarios locales eran, en teoría, democráticamente elegidos por las sociedades populares. Pero, en la práctica, la pequeña fracción que rodeaba al representante de la capital hacía aprobar por la asamblea listas preparadas de antemano.¹³

Un escritor de derecha, Augustin Cochin, dedicó todo un libro ¹⁴ a demostrar que la democracia directa de 1793 no era sino una caricatura de la democracia, pues en las sociedades populares una “camarilla” de dirigentes imponía su voluntad a la mayoría, pasiva y sumisa. Mas la intención del autor salta a la vista: trata de calumniar a la democracia. No se ponen de relieve los sorprendentes logros de ésta, sino las deficiencias propias de su carácter aún incipiente. Además, el tema no puede enfocarse en abstracto. La ingeniosa e interesada demostración de Cochin está desprovista de criterio de clase. La democracia no solo debe considerarse en lo que atañe a su forma, es menester apreciarla

¹¹ *Ibíd.*, VI (en prensa), (obs. Boucheseiche, 29–3–9–4).

¹² *D. G.*, t. II, pág. 74.

¹³ Lockroy, o. cit., págs. 45, 47.

¹⁴ Augustin Cochin, *La Révolution et la libre pensée*, 1924.

teniendo en cuenta a aquellos en cuyo beneficio funciona: cuando la “fracción” está constituida por una vanguardia audaz, que guía y estimula a una mayoría tímida o todavía sin clara conciencia de sus intereses, la intervención de esta minoría es, al menos en cierta medida, beneficiosa.

La gran lección del 93 consiste en haber demostrado no sólo que la democracia directa es practicable, sino también que cuando la vanguardia de una sociedad está en minoría con respecto del país que conduce, no puede evitar, en la batalla de vida o muerte que es toda revolución, el imponer su voluntad a la mayoría, primero —y de preferencia— por la persuasión y, si la persuasión falla, por la compulsión. Como no quiero repetirme sobre el particular, remito al lector a la Introducción consagrada a la “dictadura del proletariado”.¹⁵ Allí trato de demostrar que Marx y Engels tomaron esta famosa concepción de la experiencia misma de la Revolución Francesa, y agrego que, en realidad, debemos distinguir en 1793 dos tipos antitéticos de “dictadura”: dictadura “burguesa”, desde arriba, o sea la del gobierno revolucionario, y dictadura “popular”, de la base, o sea la de los descamisados en armas, organizados democráticamente en sus clubes y en la Comuna.

Sobre este punto, empero, había en mi libro una laguna. Debí haber puntualizado que la noción de “dictadura del proletariado” nunca fue elaborada verdaderamente por sus autores. Sin pretender, como Kautsky, cuando se hizo reformista, que la expresión no es más que un Wörtchen (una palabrilla sin importancia) pronunciada ocasionalmente (gelegentlich)¹⁶ por aquéllos, hay que reconocer que en sus escritos la mencionan muy pocas veces y al pasar. Cuando la descubren en la Revolución Francesa, los términos que emplean no son nada claros¹⁷ y sí muy discutibles. En efecto, los revolucionarios del año II, pese a estar con-

¹⁵ D. G., t. I, págs. 37–41. Este pasaje no cayó muy bien a ciertos anarquistas. (Cfr. *Le Libéraire*, 3–1–1947.)

¹⁶ Karl Kautsky, *La Dictature du Proletariat*, Viena, 1918; del mismo: *Materialistische Geschichtsauffassung*, 1927, t. II, pág. 469. Cfr. Lenin, *La révolution prolétarienne et le renégat Kautsky*, 1918, éd. 1926, pág. 11.

¹⁷ Así, en su “*Critique du Programme d’Erfurt*” (1891), Engels escribió que la República democrática es “la forma específica de la dictadura del proletariado, como ya lo demostró la gran Revolución Francesa”.

vencidos de la necesidad de aplicar medidas de excepción, de recurrir a la imposición, sentían repugnancia por la palabra dictadura. La Comuna de 1793, como su sucesora de 1871, quería guiar y no “imponer su supremacía”.¹⁸ Hasta Marat, el único revolucionario de la época que abogaba por la dictadura, veíase obligado a echar mano de circunloquios: pedía un “guía” y no un “amo”. Pero aun con esta expresión velada escandalizó a sus compañeros de armas y suscitó entre ellos vehementes protestas.¹⁹

Se comprende: la democracia hacía sus pinitos. Se acababa de derrocar al tirano y de destruir la Bastilla. La palabra dictadura sonaba mal. Evocaba la idea de un posible retorno de la tiranía, del poder personal. Para los hombres del siglo XVIII, nutridos en los recuerdos de la antigüedad clásica, la dictadura tenía una significación precisa y repudiable. Recordaban —y ahí estaba la Enciclopedia para refrescarles la memoria— que los romanos, “después de haber derrocado a sus reyes, se vieron obligados, en épocas difíciles, a crear, con carácter temporario, un dictador munido de poderes mayores que los, que habían poseído aquéllos”. Tenían presente que luego, al degenerar la institución, Sila y César se habían hecho proclamar dictadores perpetuos y habían ejercido la soberanía absoluta, al punto de que se llegó a sospechar, en el caso del segundo, la intención de restaurar la monarquía. No querían, pues, nuevos monarcas ni nuevos cesares.

Más vivo, aún, era el recuerdo que los hombres de 1793 tenían de la Revolución Inglesa. ¿Cómo iban a olvidar que en el siglo anterior Oliverio Cromwell, después de derribar a un monarca absoluto, había usurpado el poder popular, implantado una dictadura y tratado de hacerse coronar? Temían a un nuevo Cromwell como a la peste, y ésta fue una de las acusaciones que lanzaron contra Robespierre en vísperas del Thermidor.²⁰

Además, los descamisados de la base, los hombres de las so-

¹⁸ D. G., t. I, págs. 35–36.

¹⁹ *Ibíd.*, pág. 39.

²⁰ Cuando Saint-Just propuso que se concentrara el poder en manos de Robespierre, la perspectiva de la dictadura personal provocó ardiente indignación entre sus colegas. Robert Lindel exclamó: “No hemos hecho la Revolución en provecho de uno solo”. (D. G., t. II, págs. 272–276.)

ciudades populares, sentían una desconfianza instintiva hacia la palabra dictadura, porque ésta sólo traducía una parte de la realidad revolucionaria: querían, primero, convencer, abrir todas las puertas de la democracia naciente, y recurrieron a la violencia únicamente cuando aquellos a quienes querían convencer y acoger en el seno de la democracia les contestaron con plomo.

Quizá intuyeran que es un error apropiarse de las palabras del enemigo. “Soberanía del pueblo” es una de ellas, como lo señalaba Henri de Saint-Simon.²¹ Pues desde el momento en que el pueblo se administra a sí mismo, no es soberano de nadie. Expresiones como “despotismo de la libertad” (fórmula que en ocasiones los hombres del 93 se aventuraron a usar en sustitución de “dictadura”, pues tenía una resonancia más colectiva) y “dictadura del proletariado” son otras tantas expresiones antinómicas. El tipo de imposición que la vanguardia proletaria se ve obligada a ejercer sobre los contrarrevolucionarios es de una naturaleza tan radicalmente distinta de las formas de opresión características del pasado, y queda compensada por un grado tan alto de democracia para los oprimidos de la víspera, que la palabra dictadura está reñida con la palabra proletariado.

Tal era la opinión de los colectivistas libertarios del tipo de Bakunin, conscientes de que las clases poseedoras no renunciarán voluntariamente a sus privilegios —siendo preciso, en consecuencia, recurrir a la fuerza para ello— y firmemente decididos a “organizar una fuerza revolucionaria capaz de derrotar a la reacción”, pero al mismo tiempo categóricamente opuestos a toda consigna de “dictadura presuntamente revolucionaria”, “aun con carácter de transición revolucionaria”, y así fuese “jacobinamente revolucionaria”.²² En cuanto a los reformistas, no sólo rechazan

²¹ Cit. por D. G., t. I, pág. 28.

²² Bakunin, artículo en *Egalité*, del 26-6-1869, en *Mémoire a la Fédération Jurassienne...*, Sonvillier, 1873, anexo; *Œuvres* (ed. Stock), t. IV pág. 344; “Programme de l’Organisation Revolutionnaire des Frères Internationaux”, en *L’Alliance Internationale de la Démocratie socialiste et l’Association Internationale des Travailleurs*, Londres-Hamburgo, 1873. Sin embargo, Bakunin admite que es necesaria una “dictadura colectiva” de los revolucionarios para “dirigir” la Revolución, pero la misma habrá de ser una “dictadura sin banda presidencial, sin títulos, sin derecho oficial, y tanto más poderosa cuanto que no tendrá ninguna de las apariencias del poder” (carta a Albert Richard, 1870, en *Bakounine et L’Internationale à Lyon*,

las palabras “dictadura del proletariado”, sino también todo lo que, según hemos visto, hay de valadero en su contenido. A causa de ello, durante mucho tiempo los marxistas revolucionarios no se atrevieron a expresar reservas en cuanto a las palabras, por temor de que se les sospechara de “oportunismo” en cuanto al fondo.²³

La impropiedad de los términos resulta más evidente si nos remontamos a los orígenes. Los babuvistas fueron los primeros en hablar de “dictadura” revolucionaria. Si bien es cierto que tuvieron el mérito de comprender el escamoteo que la burguesía había hecho de la Revolución, también lo es que aparecieron demasiado tarde, cuando ya había expirado el movimiento de masas. Minoría ínfima y aislada, dudaron de la capacidad del pueblo para dirigirse, al menos de inmediato. Abogaron por la dictadura, ya fuese la de un solo hombre o la de “manos sabias y enérgicamente revolucionarias”.²⁴

El comunista alemán Weitling y el revolucionario francés Blanqui se adhirieron a esta concepción babuvista de la dictadura. Incapaces de ligarse a un movimiento de masas todavía embrionario, a un proletariado todavía demasiado ignorante y desmoralizado como para gobernarse a sí mismo, creyeron que minorías pequeñas y audaces podrían adueñarse del poder por sorpresa e implantar el socialismo desde arriba, mediante la centralización dictatorial más rigurosa, a la espera de que el pueblo cobrase madurez y pudiera compartir el poder con sus jefes. Mientras que el idealista Weitling proponía la dictadura personal de un “nuevo Mesías”, Blanqui, más realista, más cercano al naciente movimiento obrero, hablaba de “dictadura parisiense” —es decir, del proletariado de París—, pero a su juicio el proletariado no estaba aún en condiciones de ejercer esta dictadura por sí mismo, sino por “interpósita persona”, por medio de su “élite” ins-

1896). Véase también, “Soixante ans d’hérésie”, de Fritz Brupbacher, en *Socialisme et Liberté*, Boudry (Suiza), 1955, pág. 259.

²³ Temblaban ante la idea de contradecir a Lenin, porque, a juicio de éste, quien no comprendiera la necesidad de la dictadura no comprendía la Revolución y no era buen revolucionario. (“Contribution à l’histoire de la dictature”, 1920, en *De l’État*, Paris, 1935, págs. 31, 35)

²⁴ Philippe Buonarrotti, *Conspiration pour l’Égalité dite de Babeuf*. éd. 1828, t. I, págs. 93, 134, 139, 140 (D. G., t. I, pág. 40).

truida, o sea, de Blanqui y su sociedad secreta.²⁵

Marx y Engels, aunque contrarios a la concepción minoritaria y voluntarista de los blanquistas, hicieron a éstos la concesión de apropiarse de su famosa fórmula ²⁶ en 1850, llegando ese mismo año hasta el extremo de identificar comunismo y blanquismo.²⁷ Sin duda, en el espíritu de los fundadores del socialismo científico el cometido de ejercer la imposición revolucionaria se asignaba a la clase obrera y no —como en el caso de los blanquistas— a una vanguardia desprendida de aquélla. Pero no hicieron con suficiente claridad la distinción entre esa interpretación de la “dictadura del proletariado” y la interpretación de los blanquistas.²⁸ Lenin, que se proclama a la vez “jacobino” y “marxista”, inventará la concepción de la dictadura de un partido que sustituye a la clase obrera y actúa en nombre ella por procuración; y sus discípulos del Ural, llevando tal concepción hasta sus extremos, proclamarán sin ambages —y sin que nadie los desautorice— que la dictadura del proletariado sería una dictadura ¡sobre el proletariado!²⁹

En 1921, el libertario alemán Rudolf Rocker, al consignar la “bancarrotta del comunismo estatal” en Rusia, sostendrá que la dictadura de una clase es una noción de por sí inconcebible, y que lo que en realidad hay es la dictadura de un partido que pretende actuar en nombre de una clase. Ataca la ilusoria idea de transformar el Estado, órgano de opresión, en órgano de liberación de los oprimidos, al cual se bautiza con el nombre de “dictadura del proletariado”. “El Estado —escribe— no puede ser

²⁵ Kautsky, *La dictature....* cit. Prefacio de V. P. Volguine a los *Textes choisis de Blanqui*, 1955, págs. 20, 41; Maurice Dommanget, *Les Idées politiques et sociales d'Auguste Blanqui*, Rivière, 1957, págs. 170–173.

²⁶ Cfr. *Cahiers du Bolchevismo*, 14–3–1933, pág. 451.

²⁷ Marx, *La lutte des classes en France (1850)*, Schleicher, 1900. pág. 147.

²⁸ Maximilien Rubel. *Pages choisies de Marx*, Rivière, 1948, p. I. nota, y págs. 224–225.

²⁹ Cfr. León Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, Ginebra, 1904 (en ruso): algunos extrados en Deutscher, *The prophet Armed, Trotsky: 1819–1921*, Nueva York–Londres, 1954, págs. 88–97. Conviene señalar que el pensamiento de Lenin sobre el particular, oscilará entre una concepción blanquista y una concepción más democrática de la “dictadura del proletariado”.

sino lo que es: el defensor del privilegio y la explotación de las masas, el creador de nuevas clases y nuevos monopolios. Quien ignore el papel del Estado no comprende la esencia del orden social actual y es incapaz, por lo tanto, de mostrar a la humanidad los nuevos horizontes de su evolución”.³⁰

RECONSTITUCIÓN DEL ESTADO

La doble experiencia de la Revolución Francesa y de la Revolución Rusa nos enseña que tocamos aquí el punto central de un mecanismo a cuyo término la democracia directa, el auto gobierno del pueblo, truécase gradualmente, por obra de la implantación de la “dictadura” revolucionaria, en la reconstitución de un aparato de opresión sobre el pueblo. Desde luego, el proceso no es totalmente idéntico en las dos revoluciones. La primera es una revolución esencialmente burguesa (aunque preñada, ya, de un embrión de revolución proletaria). La segunda es una revolución esencialmente proletaria (aunque precisada de cumplir al mismo tiempo las tareas de la revolución burguesa). En la primera no es la “dictadura” desde abajo —la cual, empero, había hecho ya su aparición—, sino la “dictadura” desde arriba, la del “gobierno revolucionario” burgués, la que señala el punto de arranque para la creación de un nuevo aparato opresor. En la segunda, éste se reconstruye a partir de la “dictadura” desde abajo, la del proletariado en armas, la cual es sustituida, casi de inmediato, por el “Partido”. Pero en ambos casos, pese a esta importante diferencia, hay una notoria analogía: la concentración del poder, la “dictadura”, son presentados como producto de la “necesidad”.³¹ La contrarrevolución amenaza desde el interior y desde el exterior. Para aplastarla hay que reconstruir el aparato de opresión.

A este respecto véase el capítulo ³² en que trato de mostrar detalladamente el proceso de “fortalecimiento del poder central” y explico cómo, a fines de 1793, la burguesía se aplicó a destruir

³⁰ Der Bankrott des russischen staatskonimunismus, Berlín, 1921. páginas 28–31.

³¹ Cfr. Proudhon, *Idée générale de la Révolution au XIXe siècle* (1851). *Œuvres Complètes*, Rivière, págs. 126–127. Deutscher, o. cit., págs. 8–9.

³² D. G., t. II, págs. 1–16.

con sus propias manos el régimen esencialmente democrático y descentralizador que, en su afán de suprimir el centralismo riguroso del antiguo régimen, había creado dos años antes.

La “necesidad”, el peligro contrarrevolucionario, ¿fueron en realidad el único motivo de este súbito retorno? Es lo que sostiene la mayoría de los historiadores de izquierda. Georges Lefebvre, en la crítica que escribió sobre mi libro, afirma que la Revolución sólo podía salvarse si el pueblo “quedaba bajo el mando de los burgueses”. “Era preciso canalizar todas las fuerzas de la nación en beneficio del ejército, y esto podía lograrse, únicamente, por medio de un gobierno fuerte y centralizado. La dictadura desde abajo... no habría sido capaz de hacerlo; aparte de que le hubieran faltado las condiciones para ello, no habría podido prescindir de un plan de conjunto y de un centro de ejecución”.³³ Albert Soboul estima que, por su “debilidad”, la democracia directa de los descamisados era impracticable en la crisis que atravesaba la República.³⁴ Antes que ellos, Georges Guy-Grand, minimizando la capacidad política de la vanguardia popular, había dicho: “El pueblo de París sólo sabía amotinarse. Los motines sirven para destruir, y a veces hay que destruir; pero demoler Bastillas, matar a los prisioneros, apuntar los cañones sobre la Convención no bastaba para hacer vivir a un país. Cuando hubo que reconstituir los cuadros, hacer funcionar las industrias y la administración, fue forzoso apelar a los únicos elementos disponibles para ello: los burgueses”.³⁵

Por mi parte, creo no haber subestimado jamás la contribución de los técnicos burgueses a la victoria final de los ejércitos de la República. Cuando Georges Lefebvre me reprocha no haber “dicho nada de los obstáculos materiales”, de las “dificultades enormes” con que tropezaban el aprovisionamiento, las industrias de guerra, los suministros militares, etc.,³⁶ siento la tentación de confrontarlo con las páginas que escribí sobre Robert Lindet,³⁷ organizador de un “sistema metódico y cuasi científico de

³³ Georges Lefebvre. *Annales historiques...*, abril-junio de 1947, página 175.

³⁴ Albert Soboul, “Robespierre and the Popular Movement of 1793-1794”, *Past and Present*, mayo de 1954, pág. 60.

³⁵ Georges Guy-Grand, *La démocratie et l'après-guerre*, 1922, pág. 230.

³⁶ Lefebvre, *ibíd.*, pág. 177.

³⁷ D. G., t. I, pág. 547; t. II, págs. 22-23.

requisiciones que abarcaba todo el territorio nacional”, “técnico” brillante que “aseguró el aprovisionamiento de los ejércitos”; me gustaría también mostrarle aquellos pasajes donde admito que “el establecimiento de un poder fuerte, la centralización administrativa, la organización racional y metódica de las requisiciones, de las industrias de guerra y de la conducción de las operaciones militares” (“esbozo de lo que hoy llamaríamos Estado totalitario”) dieron al gobierno revolucionario una “fuerza de la que ninguna otra potencia europea disponía en aquella época”.³⁸ Pero no es cierto que la Revolución sólo pudiera ser salvada por estos técnicos y desde arriba. En mi libro muestro que, antes de implantarse esta rigurosa centralización, se había establecido, en la base, una colaboración relativamente eficaz entre la administración de las subsistencias y las sociedades populares, entre el gobierno y los comités revolucionarios. El fortalecimiento del poder central sofocó y mató la iniciativa de la base que había sido el nervio de la Revolución. La técnica burguesa sustituyó al ardor popular. La Revolución perdió su fuerza esencial, su dinamismo interno.³⁹

Por lo demás, abrigo cierta desconfianza con respecto a aquellos que invocan el pretexto de la “competencia” para legitimar, en épocas revolucionarias, el uso exclusivo y abusivo de los “técnicos” burgueses. En primer lugar, porque los hombres del pueblo son menos ignorantes, menos incompetentes de lo que afirman algunos en cumplimiento de la consigna partidaria; luego, porque los plebeyos de 1793, aunque carecían de capacidad técnica, suplían esta deficiencia con su admirable sentido de la democracia y con su altísima conciencia de los deberes que tenían para con la Revolución; finalmente, porque los técnicos burgueses —reputados como indispensables e irremplazables— a menudo se aprovecharon de esta situación para intrigar contra el pueblo e incluso para anudar vínculos sospechosos con los contrarrevolucionarios. Los Carnot, los Cambon, los Lindet, los Barère, eran los apoderados de la burguesía, pero también —

³⁸ Así también, en nuestros días ni los críticos más severos de la dic- tadura staliniana niegan que, mediante técnicas análogas, la U. R. S. S. se ha convertido en una de las dos mayores potencias mundiales, sobre todo en el terreno atómico.

³⁹ D. G., t. II, págs. 22–23.

como creo haberlo demostrado—, los enemigos mortales de los descamisados. En tiempos de revolución, un hombre carente de conocimientos pero entregado en cuerpo y alma a la causa del pueblo, que asume responsabilidades civiles o militares, vale más que una lumbrera dispuesta a traicionar.⁴⁰

Durante los seis meses en que floreció la democracia directa, el pueblo dio pruebas de su genio creador; reveló, aunque en forma todavía embrionaria, que hay otras técnicas revolucionarias aparte de las de la burguesía, otras que no son las de la gestión de arriba hacia abajo. Indudablemente, prevalecieron estas últimas, pues, a la sazón, la burguesía poseía una madurez y una experiencia que le daban enorme superioridad con respecto al pueblo. Pero el año II anuncia —para quien sepa descifrar su mensaje— que las fecundas potencialidades de las técnicas revolucionarias de los de abajo se impondrán algún día —el día de la revolución proletaria— a las técnicas heredadas de la burguesía jacobina.

Para terminar mi exposición sobre este punto, diré que conservo la convicción de que la revitalización del poder central, operada a fines de 1793, no tenía como único objetivo la necesidad de aplastar a la contrarrevolución. Si algunas de las disposiciones que se tomaron, fácilmente encuentran su justificación en la mencionada necesidad, otras sólo pueden explicarse por la voluntad deliberada de embretar la democracia directa de los descamisados. ¿No es llamativo, por ejemplo, que el decreto del 4 de diciembre de 1793 sobre el reforzamiento del poder central coincidiera con un aflojamiento, y no con una acentuación de la severidad empleada con los contrarrevolucionarios? Jaurès comprendió que este decreto era, en buena parte, un arma contra los “hebertistas”, es decir, contra la vanguardia popular.⁴¹ No en vano Albert Mathiez, acostumbrado a “considerar la Revolución desde arriba”,⁴² trazó un paralelo entusiasta entre la “firme” dictadura de salvación pública de 1793 y la implantada en Rusia en 1920.⁴³

⁴⁰ D. G., t. I, págs. 185, 188, 223.

⁴¹ D. G., t. II, págs. 3–7.

⁴² Georges Lefebvre, *Études sur la Révolution Française*, 1954. pág. 21.

⁴³ Mathiez, *Humanité del 19–8–1920*; cit. por Guy–Grand, o. cit., página

Pero en la misma época en que Mathiez invocaba la dictadura burguesa revolucionaria de 1793 para tratar de legitimar la dictadura jacobina de Lenin, el libertario alemán Rudolf Rocker sostenía la tesis opuesta. “Referirse a la Revolución Francesa para justificar la táctica de los bolcheviques en Rusia” era, según él, dar pruebas de “absoluto desconocimiento de los hechos históricos”. “La experiencia histórica nos muestra precisamente lo contrario”: “En todos los momentos decisivos de la Revolución Francesa, la verdadera iniciativa de la acción surgió del pueblo. En esta actividad creadora de las masas reside todo el secreto de la Revolución”. En cambio, cuando Robespierre despojó al movimiento popular de su autonomía y lo sometió al poder central, cuando persiguió a las tendencias auténticamente revolucionarias y aplastó a la oposición de izquierda, comenzó el “reflujo de la Revolución”, prefacio del 9 Thermidor y, más tarde, de la dictadura militar de Napoleón. Por eso Rocker termina diciendo, con amargura: “En Rusia se repite hoy lo que ocurrió en Francia en 1794”.⁴⁴

EL EMBRIÓN DE UNA BUROCRACIA PLEBEYA

Debido al hecho de que la Gran Revolución no fuera sino burguesa y estuviese acompañada apenas de un embrión de revolución proletaria, se ve aparecer en ella el germen de un fenómeno que sólo se desarrollará en toda su amplitud al producirse la degeneración de la Revolución Rusa: ya en 1793 la democracia desde abajo dio nacimiento a una casta de advenedizos prestos a diferenciarse de las masas y deseosos de confiscar en su provecho la revolución popular. He tratado de analizar la mentalidad ambivalente de estos “plebeyos” en quienes andaban, estrechamente confundidos, la fe revolucionaria y los apetitos materiales. La Revolución se les aparecía —según la expresión de Taures— “a la vez como un ideal y como una carrera”. Servían a la revolución burguesa y se servían a sí mismos. Robespierre y Saint-Just —como lo haría Lenin después— denunciaron las apetencias de esta burocracia naciente y ya expansiva.⁴⁵

225.

⁴⁴ Der Bankrott..., cit.

⁴⁵ D. G., t. I, págs. 251–256.

En un estudio muy reciente,⁴⁶ Albert Soboul muestra cómo los descamisados más activos y conscientes de las secciones obtuvieron puestos retribuidos. El ansia de salvaguardar sus intereses personales, ligados a los del poder, les hizo adquirir una mentalidad conformista. Pronto se convirtieron en dóciles instrumentos entre las manos del poder central. De militantes se transformaron en empleados. Su absorción por el Estado, al tiempo que debilitaba la democracia en el seno de las secciones, tuvo por resultado una esclerosis burocrática que privó a la vanguardia popular de buena parte de sus dirigentes.

Pero Soboul, quien presta más atención a la cohesión de las fuerzas de la Montaña que a sus conflictos internos, sólo repara en los militantes cuyo ascenso los hizo dóciles servidores del gobierno revolucionario burgués. Por mi parte, he mostrado que cierto número de ellos, a los que denominé los plebeyos hebertistas, entraron en abierto conflicto con el Comité de Salvación Pública. Si bien su adhesión al derecho burgués, a la propiedad burguesa, era producto de su misma codicia, tenían ciertos intereses particulares que defender contra la burguesía revolucionaria. Ésta, en efecto, quería dejarles la parte más pequeña posible del pastel: primero, porque la enorme plebe presupuestívora que integraban resultaba muy cara; luego, porque recelaba de sus orígenes y sus vínculos populares y, sobre todo, del apoyo que, mediante el uso de la demagogia, iban ganándose en los barrios pobres con el fin de adueñarse de todos los cargos disponibles; finalmente, porque la burguesía proponíase conservar en manos de sus propios “técnicos” el control del gobierno revolucionario. La lucha que por la conquista del poder entablaron plebeyos y técnicos fue en extremo enconada y se dirimió por medio de la guillotina. Algunos sectores importantes, como el Ministerio de la Guerra, los fondos secretos, las industrias militares, etc. fueron la presa que promovió esta discordia. La batalla por el dominio de las industrias militares es muy reveladora, pues en torno de ellas se enfrentan dos modalidades antagónicas de gestión económica: la libre empresa y lo que hoy se llama “capitalismo de Estado”. Si los plebeyos hubieran logrado sus objetivos y si dichas industrias hubieran sido nacionalizadas — como lo exigían—, una parte de los beneficios arrojados por la

⁴⁶ Les Sans-culottes parisiens en l’an II, 1958, págs. 1033–1034.

producción —codiciados y, finalmente, acaparados por la burguesía— habrían ido a parar a sus bolsillos.⁴⁷

Creo, pues, que Trotsky —indebidamente informado sobre el particular— no estaba totalmente en lo cierto al afirmar que el stalinismo “carecía de prehistoria” y al decir que la Revolución Francesa no conoció nada semejante a la burocracia soviética, surgida de un partido revolucionario único cuyas raíces afincaban en la propiedad colectiva de los medios de producción.⁴⁸

Pienso, por el contrario, que los hebertistas anunciaban ya, en más de un aspecto, a los burócratas rusos de la era staliniana.⁴⁹ Pero en 1793, aunque sus rasgos específicos estuvieran ya bastante acusados, y aunque la porción del poder que se distribuyeron no fuese desdeñable, les resultó imposible derrotar a la burguesía, que era la clase más dinámica, la mejor organizada, la más “competente” y la que respondía mejor a las condiciones objetivas de la época. Por lo tanto, fue la burguesía, y no los plebeyos, quien a la postre aplicó —en beneficio propio y exclusivo— el “fortalecimiento del poder estatal”.

EL ANARQUISMO COMO CONCLUSIÓN EMERGENTE DEL ANÁLISIS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Apenas terminada la Revolución Francesa, los “teóricos” tic vanguardia —como diríamos hoy— se entregaron con pasión, y a veces con notable lucidez, al análisis del mecanismo que rigió la marcha de aquélla, así como a la búsqueda de sus enseñanzas. Concentraron su atención en dos grandes problemas: el de la “revolución permanente” y el del Estado. Descubrieron, en primer término, que la Gran Revolución, por no haber sido más

⁴⁷ D. G., t. I. págs. 255–326; t. II. págs. 125–128.

⁴⁸ Trotsky, Staline, 1948, págs. 185, 356, 559–560.

⁴⁹ También en el plano militar, una vez eliminados los generales del antiguo régimen, traidores a la Revolución, ésta hizo surgir, junto a los generales descamisados —devotos de la causa, pero a menudo incompetentes— un nuevo tipo de jóvenes jefes salidos de filas —capaces, pero devorados por la ambición—, los cuales se harían más tarde instrumentos de la reacción y de la dictadura militar. En cierta medida, estos futuros mariscales del Imperio son la prefiguración de los mariscales soviéticos (D. G., t. I. págs. 229–230).

que una revolución burguesa, había traicionado las aspiraciones populares y que debía ser continuada hasta la liberación total del hombre. De ello, unánimemente, dedujeron el socialismo.⁵⁰ (En mi libro estudio detalladamente este aspecto del problema, por lo cual no lo trataré aquí.) Pero algunos descubrieron también que en la Revolución había hecho su aparición histórica un poder popular nuevo, orientado de abajo hacia arriba, el cual a la postre fue suplantado por un aparato de opresión organizado de arriba hacia abajo y fuertemente reconstituido. Se preguntaron, con angustia, cómo podría el pueblo evitar que en el futuro se le despojara de su revolución. De ello dedujeron el anarquismo.

El primero que vislumbró este problema fue el “rabioso” Varlet, en 1794. En un folleto publicado poco después del Thermidor, escribió esta frase profética: “Para todo ser dotado de razón, gobierno y revolución son incompatibles”. Y acusó al gobierno revolucionario de haber implantado una dictadura⁵¹ en nombre de la salvación pública. “Tal es la conclusión que el primero de los «rabiosos» extrajo del 93, y esta conclusión es anarquista”, dicen dos historiadores del anarquismo.⁵² No obstante, en este chispazo de genio había un error, que dichos historiadores no hacen notar. Varlet no supo distinguir entre la necesidad de la coerción revolucionaria, ejercida por el pueblo en armas sobre los contrarrevolucionarios, y la dictadura ejercida en buena parte contra la vanguardia popular por la burguesía contrarrevolucionaria, pese a que su compañero de lucha, Jacques Roux, había admitido dos años antes que en épocas de revolución era “forzoso recurrir a medidas de violencia”.⁵³ Mas en el fondo del mencionado folleto de Varlet había un pensamiento profundo: el de que revolución hecha por las masas y poder fuerte (en contra de, las masas) son cosas incompatibles.⁵⁴

Los babuvistas sacaron la misma conclusión: “Los gobernantes —escribió Babeuf— sólo hacen revoluciones para llegar al go-

⁵⁰ La expresión ‘revolución permanente’ aparece en textos de Bakunin, así como en escritos de Marx y Blanqui.

⁵¹ Varlet, *L’Explosion*, 15 Vendimiario, año III (D. G., t. II, pág. 59)

⁵² Alain Sergent y Claude Harmel, *Histoire de l’Anarchie*, 1949, pág. 82

⁵³ Jacques Roux, *Publiciste de la République Française*, n° 265 (D. G. t. I, pág. 85).

⁵⁴ D. G., t. II, pág. 59.

bierno. Nosotros queremos hacer una que asegure para siempre la felicidad del pueblo por medio de la verdadera democracia”. Y Buonarrotti, su discípulo, previendo con extraordinaria clarividencia la confiscación de las revoluciones futuras por nuevas “élites”, agregaba: “Si se formara... en el Estado una clase que poseyera en forma exclusiva el conocimiento del arte social, de las leyes y de la administración, dicha clase pronto descubriría la forma de crear para sí nuevas distinciones y privilegios”. De ello, Buonarrotti deducía que sólo la supresión radical de las desigualdades —sólo el comunismo— podría librar a la sociedad del azote del Estado: “Un pueblo sin propiedad privada y sin los vicios y crímenes que ella prohíja... no tendría necesidad de poseer esas innúmeras leyes bajo las cuales gimen las sociedades civilizadas de Europa”.⁵⁵

Pero los babuvistas no supieron extraer todas las consecuencias que iban implícitas en tal comprobación. Aislados de las masas, contradijéronse —según hemos visto— reclamando la dictadura de un hombre o de una “élite”, lo cual hizo decir a Proudhon: “La negación del gobierno, que arrojó una luz —apagada inmediatamente— a través de las manifestaciones de los «rabiosos» y de los «hebertistas», habría surgido de las doctrinas de Babeuf, si éste hubiera sabido llevar su razonamiento hasta el fin”.⁵⁶

A Proudhon corresponde el mérito de haber realizado —ya en 1851— un análisis realmente profundo del Estado en la Revolución Francesa. Como dice Pierre Naville, “en la crítica del Estado residía la esencia de la Revolución Francesa”.⁵⁷ El autor de *L’Idée Générale de la Révolution Française au XIX siècle*⁵⁸ hace, primero, una crítica de la democracia burguesa y parlamentaria, de la democracia desde arriba, de la democracia por decreto. Ataca a Robespierre, adversario declarado de la democracia directa. Denuncia la “superchería” que la misma significa. Subraya las insuficiencias de la constitución democrática de 1793 (punto de partida, a no dudarlo, mas también bastardo compromiso entre

⁵⁵ Babeuf, *Tribun du Peuple*, II, 294, 13–4–1796; Buonarrotti, o. cit., págs. 264–266 (D. G., t. II, págs. 347–348).

⁵⁶ Proudhon, *Idée générale...*, cit., pág. 195.

⁵⁷ *De l’Aliénation à la jouissance*, Rivière, 1957, pág. 91.

⁵⁸ Proudhon, *Idée générale...*, cit., págs. 177–256.

democracia burguesa y democracia directa), que lo prometía todo al pueblo sin darle nada, y que, apenas promulgada, quedó para las calendas griegas.

Yendo al fondo del problema, declara, como Varlet, que “al proclamar la libertad de opinión, la igualdad ante la ley, la soberanía del pueblo y la subordinación del gobierno con respecto al país, la Revolución ha hecho de la sociedad y del gobierno dos cosas incompatibles entre sí”. Afirmo la “absoluta incompatibilidad del poder con la libertad”. Y pronuncia una fulgurante requisitoria contra el Estado: “Eliminación de la autoridad, ausencia total de gobierno, aun cuando éste sea popular: eso es la Revolución... El gobierno del pueblo será siempre el engaño contra el pueblo... Si la Revolución deja subsistir al gobierno en alguna parte, éste renacerá por todos lados”. Ataca a los “pensadores más audaces”, los socialistas “autoritarios”, que pese a reconocer los males del Estado, “dicen que el gobierno es un flagelo... pero necesario”. “Por eso... —agrega— aun las revoluciones más emancipadoras... han desembocado siempre en un acto de fe y de sumisión al poder; por eso todas las revoluciones han servido para reconstituir la tiranía”. “El pueblo, en vez de un protector, se daba un tirano... Siempre, y en todas partes, el gobierno, por muy popular que fuera en su origen, después de mostrarse liberal durante algún tiempo..., se ha hecho exclusivista, dictatorial.”

Con lúcido rigor condena la centralización operada a partir del decreto del 4 de diciembre de 1793. Dicha centralización podía comprenderse bajo el viejo régimen monárquico, pero “despojar al pueblo de sus fuerzas, so pretexto de la República una e indivisible; tildar de federalistas y, en consecuencia, arrojar a la proscripción a aquellos que se pronuncian por la libertad y la soberanía local, es desvirtuar el verdadero espíritu de la Revolución Francesa, falsear sus tendencias más auténticas... El sistema centralista impuesto en el 93... no es más que el feudalismo transformado... Napoleón, que le dio el retoque final, da testimonio de ello”. Más tarde, Bakunin, su discípulo le hará eco: “Cosa extraña: esta gran Revolución, que por primera vez en la historia proclamó no ya la libertad del ciudadano, sino la del hombre, se hizo heredera de la monarquía, con la cual había acabado, y resucitó la negación de toda libertad implantando la

centralización y la omnipotencia del Estado”.⁵⁹

Pero el pensamiento de Proudhon va aún más lejos y cala hondo todavía. Comprende que el ejercicio de la democracia directa, que las fórmulas más ingeniosas, destinadas a promover el auténtico gobierno del pueblo por el pueblo (fusión de los poderes legislativo y ejecutivo, elección y revocabilidad de los funcionarios escogidos por el pueblo en su propio seno, control popular permanente), en fin, que este sistema “irreprochable” en teoría, “encuentra en la práctica una dificultad insalvable”. Efectivamente: aun en esta “hipótesis óptima” existe el riesgo de que persista la incompatibilidad entre la sociedad y el poder: “Si la totalidad del pueblo, en su carácter de soberano, ejerce el gobierno, no habrá gobernados... Si el pueblo, así organizado para el poder, no tiene ya nada por debajo de sí, corresponde preguntarse qué habrá por encima de él”. No hay término medio: “o reinar o trabajar”. “Al convertirse la masa del pueblo en Estado, éste pierde toda razón de ser, por cuanto ya no queda pueblo: la ecuación del gobierno da por resultado cero.”

¿Cómo salir de esta contradicción, de este “círculo infernal”? Proudhon responde que hay que disolver el gobierno en la organización económica. “La institución gubernamental... tiene su origen en la anarquía económica. Cuando la Revolución pone fin a esta anarquía y organiza las fuerzas industriales desaparece el pretexto en que se cimentaba la centralización”.

Sin embargo, hay en Proudhon una grave laguna. Ataca al Estado en abstracto. Su utopismo pequeño-burgués le impide explicar cómo y por qué se disolverá el Estado en la “organización económica”. Se da por satisfecho con unas cuantas fórmulas, como la “solidaridad industrial” y el “reinado de los contratos”. Se aferra a la propiedad privada, en la cual cree encontrar la garantía de la libertad; de ahí que se oponga en principio, a la gestión colectiva.⁶⁰ El socialismo libertario de Bakunin habrá de ser más lúcido y consecuente.

⁵⁹ Bakunin, Œuvres, t. I, pág. 11,

⁶⁰ Véase la Introducción.

No olvidemos que Proudhon se inspira en la Revolución Francesa, en la experiencia de 1793–1794, para lanzar su tronante diatriba contra la restauración del Estado. Y Bakunin subraya que, por haberse “nutrido” en cierta teoría que “no es sino el sistema político de los jacobinos más o menos modificado al gusto de los socialistas revolucionarios”, “los obreros socialistas de Francia nunca han querido comprender...” que “cuando en nombre de la Revolución se construye el Estado, aunque sólo sea con carácter provisional..., se trabaja por la reacción y por el despotismo”.⁶¹ El desacuerdo entre marxistas y libertarios procede, en cierta medida, del hecho de que los primeros no siempre contemplan la Revolución Francesa con el mismo criterio que los segundos. Deutscher advirtió que en el bolcheviquismo hay un conflicto entre los dos espíritus —el marxista y el “jacobino”—, conflicto que nunca se resolverá por completo, ni en Lenin ni tampoco en el mismo Trotsky.⁶² Efectivamente: en el bolcheviquismo, según lo veremos más adelante, las secuelas del jacobinismo están más acentuadas que en el marxismo original. Pero yo creo que el propio marxismo jamás llegó a resolver esta contradicción. Hay en él una veta de espíritu libertario y otra de espíritu “jacobino”, o autoritario.

Esta dualidad procede, a mi juicio, de una apreciación —a veces justa, pero en otras ocasiones errónea— del verdadero contenido de la Revolución Francesa. Los marxistas comprenden que ésta traicionó las aspiraciones populares porque fue, objetivamente y en sus resultados inmediatos, una revolución burguesa. Pero al mismo tiempo incurren en una aplicación abusiva de la concepción materialista de la historia, que les obnubila y les lleva a considerar aquel acontecimiento exclusivamente desde el ángulo y dentro de los límites de la revolución burguesa. Tienen razón, por cierto, al subrayar los rasgos relativa aunque indiscutiblemente progresistas de la misma; pero hay momentos en que

⁶¹ Bakunin, *Œuvres*, t. II, págs. 108, 232. Lo mismo puede decirse de los socialistas alemanes. Rudolf Rocker señaló (en su *Johann Most*, Berlín 1924, pág. 53) la forma en que Wilhelm Liebknecht fue “influido por las ideas de los antiguos jacobinos comunistas”.

⁶² Deutscher, *The Prophet ...* cit, pág. 95.

sobreestiman o idealizan tales rasgos (exaltados también por libertarios como Bakunin y Kropotkin, ya que no por Proudhon) o en que los presentan de manera demasiado unilateral.

Es cierto que Boris Nicolaievski, por ser menchevique, pone excesivo énfasis sobre esta tendencia del marxismo. Mas hay algo de verdad en su análisis. Y Gottschalk, ultraizquierdista alemán de 1848, no andaba del todo descaminado cuando se horrorizaba ante la perspectiva marxista de “escapar del infierno de la Edad Media” para “precipitarse voluntariamente en el purgatorio” del capitalismo.⁶³ Lo que dice Isaac Deutscher con respecto a los marxistas rusos de antes de 1917 (pues —¡oh, paradoja!— había mucho de “menchevismo” entre los “bolcheviques”) es aplicable en cierta medida, creo yo, a los fundadores del marxismo: “Como veían en el capitalismo una etapa del camino que conducía del feudalismo hacia el socialismo, exageraban sus ventajas, su carácter progresista, su influencia civilizadora...”⁶⁴

Si se confrontan los numerosos pasajes de los escritos de Marx y Engels sobre la Revolución Francesa (de los cuales reproduzco algunos fragmentos en mi libro), será forzoso comprobar que ora perciben, ora pierden de vista su carácter de “revolución permanente”. Ven, sí, la revolución en la base, pero sólo por momentos. Como suelen hacer, llevados por su celo, los discípulos de todos los maestros, cometí el error de presentar las opiniones de Marx y Engels sobre la Revolución Francesa como una “síntesis” coherente, cuando en realidad hay en ellas contradicciones difícilmente conciliables (y que no son sólo “dialécticas”, es decir, reflejo de las contradicciones existentes en la naturaleza). Para dar un solo ejemplo —ya que llevaría mucho tiempo recapitularlos todos aquí—: Marx no vacila en presentar a los humildes partidarios que tenían Jacques Roux y Varlet en los suburbios como los “representantes principales” del movimiento revolucionario,⁶⁵ mientras Engels dice que al “proletariado” de 1793 “en el

⁶³ Boris Nicolaievski, Karl Marx. 1937, págs. 146, 158.

⁶⁴ Deutscher, Staline, cit., pág. 39. Véase, también, Sir John Maynard, Rusia in Flux, Nueva York, 1955, pág. 118.

⁶⁵ Marx, “Sainte Famille”, Œuvres philosophiques, Costes, t. II, pág. 213.

mejor de los casos podría ayudársele desde arriba”.⁶⁶

Con esto se comprenderá mejor lo que significa ese espíritu “jacobino” de que hablaba Deutscher. A primera vista el término carece de sentido, pues ¿quién podría decir lo que era exactamente el “jacobinismo” de 1793? La lucha de clases —aunque todavía embrionaria— pasaba por el Club de los Jacobinos. Sus jefes eran burgueses que en el fondo desconfiaban de las masas y cuyo objetivo más o menos consciente consistía en no sobrepasar los límites de la revolución burguesa. Los jacobinos de la base eran plebeyos que en forma más o menos consciente, deseaban franquear esos límites. Al fin, cuando el conflicto que las enfrentaba se plantea con crudeza y claridad, ambas tendencias hicieron mucho más conscientes y los jacobinos de arriba enviaron al cadalso a los jacobinos de abajo, antes de caer, a su vez, bajo la cuchilla de los burgueses más reaccionarios. Por “espíritu jacobino” debe entenderse, a mi juicio, la tradición de la revolución burguesa, de la “dictadura” desde arriba de 1793, un tanto idealizada y no muy bien diferenciada de la “dictadura” desde abajo. Y, por extensión, debe entenderse también la tradición del conspirativismo babuvista y blanquista, que toma las técnicas dictatoriales y minoritarias propias de la revolución burguesa para ponerlas al servicio de una nueva revolución.

Así se comprende por qué los libertarios discernen en el socialismo (o comunismo) del siglo XIX cierta tendencia “jacobina”, “autoritaria”, “gubernamentalista”, cierta propensión al “culto de la disciplina estatal”, heredada de Robespierre y de los jacobinos, la cual definen como “proclividad burguesa”, “legado político del revolucionarismo burgués”.

A esto oponen la afirmación de que “las revoluciones de nuestros días no tienen nada que imitar de los procedimientos revolucionarios de los jacobinos de 1793”.⁶⁷

Marx y Engels merecen, es cierto, mucho menos reproche que los pensadores de otras corrientes socialistas, autoritarias y estatistas, del siglo XIX. Pero también es verdad que les costó un poco desembarazarse de la tradición jacobina. Por ejemplo, tar-

⁶⁶ Engels, *Anti-Dühring*, 1878, Costes, t. III, pág. 8.

⁶⁷ Proudhon, *Idée Générale...*, cit., págs. 234–323. Bakunin: *Œuvres*. t. II, págs. 108, 228, 296, 361–362; t. VI, pág. 257.

daron en deshacerse del “mito jacobino” de la “centralización rigurosa que la Francia de 1793 ofreció como modelo”. Lo rechazaron, al fin, bajo la presión de los libertarios, pero no sin haber oscilado, vacilado, corregido la puntería y, aun en las rectificaciones, equivocado el camino.⁶⁸ Estas fluctuaciones permitirían a Lenin olvidar los pasajes anticentralistas existentes en los escritos de sus maestros —sobre todo una puntualización hecha por Engels en 1895, la cual transcribo en mi libro—⁶⁹ para retener tan sólo “los hechos citados por Engels con referencia a la República francesa, centralizada, de 1792 a 1799” y para bautizar a Marx de “centralista”.⁷⁰

La influencia “jacobina”, en efecto, se hace sentir con más fuerza todavía sobre los bolcheviques rusos que sobre los fundadores del marxismo. Y tal desviación débese, en gran parte, a una interpretación a veces inexacta y unilateral de la Revolución Francesa. Es verdad que Lenin advirtió su aspecto de “revolución permanente”. Mostró que el movimiento popular (al cual, con impropiedad, denominó “revolución democrático–burguesa”) estuvo lejos de alcanzar sus objetivos en 1794 y que sólo los cumpliría en 1871.⁷¹ Pero entendía que a fines del siglo XVIII no era posible lograr el triunfo completo porque faltaban todavía las “bases materiales” del socialismo.⁷² El régimen burgués sólo es progresista en comparación con la autocracia que lo precedió y porque constituye la forma postrera de dominación, así como “el terreno donde el proletariado puede librar más cómodamente su lucha contra la burguesía”,⁷³ únicamente la clase obrera es capaz de llevar la revolución hasta el fin, “pues sus objetivos van más

⁶⁸ Engels, Karl Marx devant les jurés de Cologne, Costes, pág. 247 y nota; Marx, Dix–Huit Brumaire de Louis–Bonaparte, Schleicher, págs. 342–344; Marx, Guerre Civile..., cit., págs. 16, 46, 49; Engels, Critique du programme d’Erfurt, cit.

⁶⁹ D. G., t. II, pág. 4.

⁷⁰ Lenin, L’Etat et la Révolution (1917), Petite Bibliothèque Lénine, 1933. págs. 62, 84–85.

⁷¹ Lenin, Pages choisies. Pascal, t. II. págs. 372–373.

⁷² Lenin, Œuvres, t. XX, pág. 640.

⁷³ Pages..., t. II, pág. 93.

allá de la revolución democrática”.⁷⁴

Pero, por otro lado, ya hace tiempo que Lenin ha rechazado la concepción de la revolución permanente, sosteniendo que, después de la conquista del poder, el proletariado ruso debería limitarse voluntariamente a un régimen de democracia burguesa. Por eso a veces se muestra propenso a sobreestimar el legado de la Revolución Francesa, afirmando que el mismo será, “quizá para siempre, el modelo de ciertos métodos revolucionarios” y que los historiadores del proletariado deben ver en el jacobinismo “uno de los puntos culminantes que alcanzó la clase oprimida en su lucha por la emancipación”, uno de “los mejores ejemplos de revolución democrática”.⁷⁵ Por eso idealiza a Danton ⁷⁶ y no vacila en proclamarse “jacobino”.⁷⁷ Por eso —con mucha exageración— atribuye a los burgueses revolucionarios la aplicación de medidas terroristas contra los capitalistas (sic) y se vanagloria de actuar con “inflexibilidad jacobina”.⁷⁸

Las actitudes jacobinas de Lenin provocaron, en 1904, una viva réplica del joven Trotsky. Para este último (que aún no se había adherido al bolcheviquismo), el “jacobinismo es el grado máximo de radicalismo a que puede llegar la sociedad burguesa”. Los revolucionarios modernos deben guardarse del jacobinismo tanto como del reformismo. Jacobinismo y socialismo proletario configuran “dos doctrinas, dos tácticas, dos psicologías separadas entre sí por un abismo”. Si bien ambos son intransigentes, sus intransigencias son cualitativamente diferentes. El intento de introducir los métodos jacobinos en el movimiento de clase del proletariado, en las revoluciones proletarias del siglo XX no es otra cosa que oportunismo. Tal intento revela, al igual que el reformismo, “la tendencia a ligar al proletariado con una ideología, una táctica y, por último, una psicología extraña y hostil a sus intereses de clase”.⁷⁹

⁷⁴ *Ibíd.*, t. II, págs. 115–116.

⁷⁵ *Pages...*, t. II, pág. 296; *Œuvres* t. XX, pág. 640.

⁷⁶ *Pages...*, t. III, pág. 339.

⁷⁷ *Œuvres*, t. XX, pág. 640; *Pages...* t. I, pág. 192 (1904).

⁷⁸ *Œuvres*, t. XXI, págs. 213, 227, 232

⁷⁹ Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, cit.. (en ruso)

En busca de la síntesis

En conclusión, la Revolución Francesa es la fuente nutricia de dos grandes corrientes del pensamiento socialista, que, a través de todo el siglo XIX, prolónganse hasta nuestros días: la corriente jacobina autoritaria y la corriente libertaria. La una, de “propensión burguesa”, orientada de arriba hacia abajo, preocupase ante todo de la eficacia revolucionaria y tiene en cuenta, principalmente, la “necesidad”; la otra, de espíritu esencialmente proletario, orientada de abajo hacia arriba, pone en primer término la salvaguardia de la libertad. Muchas veces se ha tratado de llegar a un compromiso entre ambas corrientes, compromiso que casi siempre ha resultado más o menos cojo y bamboleante. El colectivismo de Bakunin buscaba conciliar a Proudhon y Marx. El marxismo, en la Primera Internacional, esforzose por encontrar un término medio entre Blanqui y Bakunin. La Comuna de 1871 fue una síntesis empírica de jacobinismo y federalismo. El propio Lenin, en *El Estado y la Revolución*, escíndese entre el anarquismo y el comunismo estatal, entre la espontaneidad de las masas y la “disciplina férrea” del jacobinismo. No obstante, aún está por lograrse la verdadera síntesis entre ambas corrientes. Como dice H. E. Kaminsky, ella no sólo es necesaria sino inevitable: “La historia... hace por sí misma sus transacciones”.⁸⁰ La degeneración de la Revolución Rusa, el desplome y la bancarrota histórica del stalinismo, ponen dicha síntesis en el orden del día. Sólo por medio de ella conseguiremos rehacer nuestro acervo ideológico y evitar para siempre jamás que nuestras revoluciones sean confiscadas por nuevos “jacobinos”, provistos de tanques junto a los cuales la guillotina de 1793 es cosa de niños.

■

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)

⁸⁰ H. F. Kaminski, Bakounine, 1938, pág. 17.